



CORRÍA EL AÑO 1955...

Corría el año 1955 y en Villanueva del Duque aún resonaban en los oídos y en los sueños los estampidos de las bombas y disparos de una guerra no demasiado lejana, aún podían apreciarse los innumerables destrozos causados y aún sangraban las heridas abiertas por tanto dolor, por tanta tristeza.

Corría el año 1955 y Villanueva del Duque iba poco a poco recuperándose en todos los sentidos. El perdón empezaba a imponerse sobre el odio y la venganza. Se fueron edificando de nuevo las casas, se adecentaron las calles y plazas, se iba arreglando la Iglesia Parroquial de san Mateo cuyo patrimonio había quedado mermado casi por completo. También el Santuario de Nuestra Señora de Guía, Patrona de Villanueva del Duque, necesitaba de ciertas reformas, durante tres años había sido utilizado como almacén y prácticamente todo se había perdido.

Corría el año 1955 y Villanueva del Duque había vuelto a dar culto a su Madre y Patrona. Años atrás había quedado huérfano, porque su bendita Madre había desaparecido con los avatares del conflicto. No se tardó demasiado en buscar otra imagen, idéntica a la perdida, que muy pronto volvió a llenar el corazón de todos y cada uno de los villanueveños. En torno

a esta bendita imagen volvieron a tener lugar sus habituales fiestas y cultos, volvió a ponerse en marcha el mecanismo de una tradición bellísima heredada de nuestros padres y abuelos.

Corría el año 1955 y Villanueva del Duque no esperaba que el cielo fuera a darle una sorpresa tan grande. No iba a ser 1955 un año más en la historia de nuestro pueblo, no fue 1955 un año marcado solamente por la recuperación de una guerra aún cercana. Un acontecimiento, un hecho casi milagroso iba a remover profundamente los cimientos de todo un pueblo. No se recuerda la hora ni el día concreto, sólo se recuerda que en 1955 seis imágenes románicas volvieron a ver la luz del día, volvieron a ver las columnas centenarias de su Santuario, volvieron a ver los rostros de los hijos y nietos de aquellos que muchos años antes les habían rezado.

Tan sólo un tabique las había separado durante más de un siglo del calor y el cariño de su pueblo, pero ahora habían vuelto y Villanueva del Duque se estremecía ante semejante prodigio. Innumerables filas de vecinos empezaron a subir al Santuario para contemplar de nuevo unas imágenes, estropeadas por el paso del tiempo, pero que eran el umbral de sus





tradiciones y devociones, el cimiento de su fe; pero que eran, al fin y al cabo, los pilares de todo un pueblo.

Tras ser encontradas, las imágenes fueron llevadas a la Parroquia y allí permanecieron durante varios años, quizá un poco olvidadas, quizá en un lugar no demasiado digno. Pero estaban... y eso bastaba. A nadie se le ocurre quitarle los cimientos a su casa, porque ésta se derrumba. Sin embargo, Villanueva del Duque se quedó sin la pieza más fundamental de su historia, volvió a quedarse huérfana cuando sus imágenes fueron llevadas a un lugar extraño que no conocían y que no era su sitio. No se trata ahora de reprochar ni de criticar a nada ni a nadie, lo pasado, pasado está, lo que importa es el presente y para saber tejer nuestro presente y nuestro futuro es necesario mirar y aprender del pasado.

Hace apenas unos meses, nuestras seis imágenes románicas volvieron a su casa, volvieron a ver al blanco Santuario que durante siglos las cobijaba, y volvieron a ver los rostros de muchos villanueveses, descendientes de aquellos que con tantísimo cariño las habían venerado y que con tanta devoción las habían ocultado por miedo a su profanación. Durante cinco días, Villanueva del Duque volvió a reencontrarse con sus raíces, volvió a tocar con sus manos el cimiento de su ser, de su historia, de su pasado, de su presente y de su futuro.

El marco adecuado para este reencuentro fue el Santuario de Nuestra Señora de Guía. En ese bendito lugar, corazón y centro de Villanueva del Duque, los actuales hijos de este pueblo pudieron admirar, pudieron apreciar, y pudieron rezarle a sus vecinos más antiguos, a Ntra. Sra. de Guía de El Allozo, a santa Lucía, a san Mateo, a san Blas, a san Juan Bautista, y a la Virgen Niña.

En este sentido, se tuvo el acierto de no organizar una exposición fría de arte, por muy bueno que éste fuera. Desde el primer momento se tuvo claro que había que mirar a nuestras seis imágenes como lo que han sido y como lo que son: el umbral de la historia y de la identidad de Villanueva del Duque. Gran parte de las tradiciones que hoy caracterizan a este pueblo nacieron, se desarrollaron y se afianzaron en torno a la devoción hacia lo que estas imágenes representan. El cristiano sabe que el valor de una imagen está en lo que representa, está en el más allá al que remite, en la persona a la que representa y cuya vida heroica admiramos y nos sirve de modelo para caminar hacia el lugar donde ella se encuentra, en el cielo junto a Dios. Un cristiano nunca puede valorar en exceso una imagen, considerándola un dios en vez de una mediación, es decir, como un intermediario que le sirve para visualizar mejor una realidad que es

fundamentalmente espiritual. Quien más valora una imagen es justamente quien la destruye, quien quiere que desaparezca, pues piensa que eliminándola de la vista también acaba con la devoción o el culto que dicha imagen suscita. Por el contrario, el cristiano sabe que la imagen remite a una realidad trascendente, a algo superior, que no desaparece si la imagen es destruida u ocultada.

Así pues, nuestras seis imágenes románicas son algo más que arte, son algo más que unas tallas muy antiguas. No se duda de su elevado valor artístico, valor que las convierte en piezas únicas en estas latitudes. Sin embargo, su importancia trasciende el valor artístico, en sí mismas nuestras imágenes tienen un valor que no puede catalogarse, que no es cuantificable, porque es inmaterial, porque es fundamentalmente espiritual. Nadie duda de que gracias a la fe el arte ha llegado hasta sus más altos desarrollos, el arte que se pone al servicio de la fe y sirve de expresión del modo más bello y hermoso posible a la dimensión religiosa y trascendente del ser humano. Pero es la fe el origen y la causa de este desarrollo, sin ella quedaría vaciado de su contenido más esencial.

Por este motivo, no se puede considerar a nuestras seis imágenes como meras y simples piezas de museo. Allá por el s. XIII nuestros antepasados no hicieron unas imágenes para deleitarse con el arte románico por mero gusto artístico, tampoco fueron custodiadas y ocultadas durante siglos por ser unas piezas de elevado valor material. Fueron hechas, fueron veneradas, y fueron ocultadas porque representaban a las devociones más arraigadas de Villanueva del Duque. Las imágenes que veneraron nuestros antepasados, que fueron objeto de su devoción y de sus oraciones no pueden ser simples y meras piezas de una fría sala de museo, a la misma altura que cualquier piedra romana o trozo de cerámica árabe. Si fuera así, ¿para qué traerlas a su pueblo? ¿no estarían mejor en un importante museo? La respuesta la ha dado Villanueva del Duque: nuestras seis imágenes deben de estar aquí, en su pueblo.

En proyecto está que en breve sean custodiadas como debe ser en nuestra Parroquia de san Mateo a la que pertenecen patrimonialmente. Ese es su lugar y ahí se les debe buscar un sitio adecuado y digno para que nuestras imágenes sean veneradas y custodiadas como se merecen y como lo que son: los pilares de Villanueva del Duque.

Pedro Castelo Luna

